

PRÓLOGO*

DANILO ASSIS CLÍMACO**

El pensamiento de Aníbal Quijano es un cuestionamiento incesante a América Latina, al mundo y a las relaciones de poder que le dan a este un carácter de totalidad y a nuestro continente y a nuestros países sus específicas y conflictivas identidades. Su particular modo de ubicarse en el mundo y en los más diversos debates teóricos, políticos y estéticos, le permitió a Quijano, hace ya más de dos décadas, desvelar el núcleo básico sobre el cual se ha venido articulando la existencia social global a lo largo de los

últimos 500 años: la clasificación de la población mundial mediante la noción de raza, proceso de legitimación y naturalización de las relaciones de dominación iniciado con la colonización de América Latina y estrechamente interrelacionado con la articulación en torno al capital y al mercado mundial de todas las formas históricas de control del trabajo, sus recursos y productos. Que la noción de raza persistiera como principal forma de dominación tras la independencia de América, que trascendiera el momento histórico que le dio origen, hizo necesario que Quijano cuñara el neologismo “colonialidad del poder” a finales de la década del ochenta.

La colonialidad del poder condiciona la entera existencia social de las gentes de todo el mundo, ya que la racialización delimita de modo decisivo la ubicación de cada persona y cada pueblo en las relaciones de poder globales. Pero es en América, en América Latina sobre todo, que su cristalización se hace más evidente y traumática, puesto que aquí la diferenciación racial entre “indios”,

* Agradezco afectuosamente la lectura y los comentarios atentos de Arlene Carvalho de Assis Clímaco, Boris Marañón, Ernesto Cuba, Inés Olivera, Jaime Coronado, Pablo Quintero y Rita Segato.

** Doctorante en el Programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Nacional Autónoma de México. Ha publicado sus investigaciones en los campos de la colonialidad del poder y del feminismo en diferentes países de América Latina. Ha ofrecido cursos y conferencias en universidades, centros de investigación y espacios políticos de diferente índole.

“negros”, “blancos”, y “mestizos” ocurre al interior de cada país. Encarnamos la paradoja de ser Estados-nación modernos e independientes y, al mismo tiempo, sociedades coloniales, en dónde toda reivindicación de democratización ha sido violentamente resistida por las élites “blancas”.

Y dentro de América, Perú tiene una historia política e intelectual particular. Su Independencia supuso un aislamiento acentuado del mercado mundial, al cual los terratenientes respondieron sometiendo los “indios” a las formas más opresivas de servidumbre. La entrada al país del capital monopolístico internacional a finales del siglo XIX expandió la servidumbre “indígena”, suponiendo, además, una relativamente estable alianza entre la clase terrateniente-comercial y la incipiente burguesía, articuladas a la burguesía internacional. De esta forma, no podría haber sido casual que el genio de José Carlos Mariátegui tuviera su ocasión en el Perú de los años veinte. Deslindándose de la eurocéntrica visión unilineal que condicionó a sus contemporáneos, Mariátegui adelantó en décadas la investigación social latinoamericana al comprender nuestras sociedades, la peruana en particular, como un heterogéneo ensamblaje histórico, en el cual formas capitalistas y no capitalistas de organización de la producción se articulaban alrededor del capita-

lismo monopolístico, ocupando la diferenciación racial entre “indios” y “blancos” un lugar basal en estas relaciones. Tampoco podría ser casual que fuera en el Perú que una sensibilidad como la de José María Arguedas se debatiera del modo más desgarrador y vital en la tarea de subvertir estéticamente este nudo racial que nos ata en tanto continente.

Las reflexiones de Aníbal Quijano se entrañan con la historia y el debate intelectual de su país, de los cuales es uno de los más rigurosos y originales intérpretes. La “colonialidad / descolonialidad del poder”, los términos que condensan el momento actual de su pensamiento, tienen, de esta forma, densidades históricas, intelectuales y estéticas específicas. Esta antología apunta hacia ellas, comprendiéndose como un aporte a un debate colectivo sobre la obra de Quijano en su integridad. La evidente importancia de ello para todo pensamiento y práctica liberadoras se ve aumentada en la medida en que la noción de “colonialidad” viene siendo, a nivel mundial, frecuentemente expropiada con poco conocimiento o respeto hacia la historia y los debates que la han constituido, por veces por intelectuales con trayectoria consolidadas pero distantes a la de Quijano.

Pero tal expropiación no es más que la contracara, seguramente inevitable, de una obra de enorme amplitud y profundidad que origi-

naliza nuestro presente y horizontes de futuro. Un pensamiento que permite encontrar sentidos a una heterogeneidad de experiencias intelectuales, políticas y estéticas que aspiran a comprenderse en un período cuyo imaginario histórico ha sido finalmente aplanado por el eurocentrismo, en un proceso de larga duración de control de la intersubjetividad global que emergió con el capitalismo colonial global.

El debate sobre la obra de Quijano, iniciado en la década del sesenta, se ensanchó ampliamente tras su teorización de la colonialidad del poder –divulgada en conferencias y seminarios desde finales de la década del ochenta, y de forma escrita desde “Colonialidad y Modernidad / Racionalidad”, texto de 1992–, adquiriendo una posición central en toda reflexión crítica sobre América y el Caribe y un interés creciente desde África, Asia y Europa.

Los reconocimientos a su trayectoria intelectual son numerosos. Ha recibido distinciones y títulos de doctor *Honoris Causa* en algunas de las más prestigiosas universidades del continente. Fue conferencista y profesor invitado en decenas de universidades y centros académicos de todo el mundo. Ha sido profesor en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos hasta dimitirse en 1995 como protesta a su invasión por el ejército del gobierno fujimorista. Desde 1986

es profesor de la Universidad de Binghamton, Nueva York. En el 2010 funda y desde entonces dirige la Cátedra América Latina y la Colonialidad del Poder, en la Universidad Ricardo Palma, en Lima, ciudad donde ha residido desde la década del cuarenta, a excepción de dos períodos en Santiago de Chile, el último de ellos entre 1965 y 1971, como investigador de la División de Asuntos Sociales de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y de su obligado año de exilio en 1974, cuando fue profesor en la Universidad Nacional Autónoma de México.

EL INICIO DE UNA TRAYECTORIA INTELECTUAL

A lo largo de los cincuenta años de textos conocidos de Aníbal Quijano, es frecuente encontrarnos con enunciaciones en las que nuestro autor llama la atención sobre el carácter exploratorio de las reflexiones que presenta, pide disculpas por ello o incluso expresa su temor por exponer cuestiones que expresan más su perplejidad que ideas sistematizadas. Ello apunta a un pensamiento que se extiende siempre hacia sus propios límites, colindando con aquello que no se deja aprehender y que, sin embargo, se obliga a ser pensado. Por esto que Quijano siempre se haya referido a las

temáticas que aborda como cuestiones o indagaciones. Y de ahí también que, pese a haber iniciado estudios rigurosos en el terreno de la política y de la literatura desde, por lo menos, finales de la década del cuarenta, haya demorado hasta 1962 en dar el paso a la escritura académica: “cuando sentí que lo que tenía que decir no estaría, si no, en el debate que me importaba” (1997: 15).

Raras veces, Aníbal Quijano ha escrito sobre su vida personal¹. Nació a inicios de la década del treinta en Yanama, ciudad andina de la región Áncash, al norte de Lima. Ingresó a estudios generales en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM) en 1948, el mismo año en que inicia el régimen militar de Manuel Odría, que se extendería hasta 1956. Fue la primera de las tres prolongadas dictaduras que le tocaría vivir al Perú desde entonces. En todos los casos, Quijano se opuso tenazmente y sufrió persecuciones que trastornaron severamente su vida y la de su familia. Su participación

en la política estudiantil lo llevó a estar un mes en la cárcel en 1948, pudiendo terminar estudios generales sólo al año siguiente, cuando ya se había trasladado a la Facultad de Letras. A inicios de 1950, se debatió hasta el último momento entre seguir la carrera de Literatura o de Historia, decidiéndose, finalmente, por esta última. Ese mismo año se decanta por una opción política socialista y revolucionaria, pero es nuevamente encarcelado en noviembre de 1950 y sale recién a finales del año siguiente. En 1952, la dictadura lo obligó a dejar su empleo como profesor de secundaria, pero logró terminar su primer año de Historia. Ese mismo año, desde sus estudios sobre el debate socialista contemporáneo y la obra de Marx, descartó el estalinismo como opción revolucionaria. Aún en 1952, a partir de la revolución boliviana, ahonda sus estudios sobre Trotsky, pero sin encontrar preocupaciones sobre la especificidad peruana y latinoamericana en este autor, como tampoco en sus seguidores, y percibiendo tendencias tecnocráticas en sus prácticas políticas, también desestimó este camino. En todos estos años, volvería por varias veces a estar en clandestinidad, siendo encarcelado por períodos breves y recibiendo otros duros golpes:

En este tiempo, la policía me despojó, dos veces en dos años, de todos mis papeles de tra-

1 La información aquí expuesta proviene de conversaciones y de dos artículos suyos, “Trotsky (entre paréntesis)” (1991a), breve relato sobre su vida intelectual a inicios de los años cincuenta; y “Raúl Porras, el otro magisterio” (1997a), sobre su profesor en San Marcos e importante político liberal, cuya entereza ética Quijano reconoce como importante para su formación.

bajo, que eran muchos, y de toda la escritura que una desolada vigilia de demasiadas horas durante muchos años, había recogido en demasiados, dispares, campos. En cada vez me sentí como si no hubiera hecho nada, nunca. Y en un momento de ese mismo 1953, eso sí lo recuerdo con precisión, decidí que no volvería escribir. Todo lo que yo podía decir, ya estaba escrito y mejor (1997: 15).

A lo largo de los siguientes años, sus investigaciones privilegiarían la obra de Marx, sin dejar de lado sus lecturas en los más variados campos. Trabajó a lo largo de la década del cincuenta en archivos (sobre todo, alrededor de la esclavitud en el país) y como profesor de secundaria. De su interés sobre el debate peruano, es testigo la antología de Mariátegui que él organizó y que prologó Manuel Scorza en 1956. De su pasión literaria —es un lector apasionado, pese a que sus escritos al respecto hayan sido relativamente pocos—, atestigua la *Antología del cuento latinoamericano* que publicó en 1957, en la que consideró obras de autores hasta entonces poco conocidos, como Augusto Roa Bastos o Julio Cortázar.

Así, los testimonios de la década del cincuenta sugieren un intenso trabajo intelectual y político, lo que explica por qué, una vez

sentida la necesidad de escribir en los años sesenta, produjo de manera aparentemente súbita textos muy diferentes entre sí, pero igualmente densos e informados por numerosas corrientes de pensamiento peruanas, latinoamericanas y mundiales. Sus posiciones epistémica y crítica eran ya sólidas, más allá de que las modificara y revolucionara a lo largo de las siguientes décadas. En estos años, inició su enseñanza universitaria en la UNM-SM y en la Universidad Nacional Agraria La Molina, posibilidad que había rechazado en la década anterior.

En 1962, escribió “C. Wright Mills, conciencia crítica de una sociedad de masas”, breve homenaje al recién fallecido sociólogo estadounidense. Entre 1964 y 1967, escribió trece textos, en su mayoría, reflexiones extensas sobre teoría sociológica, la identidad *chola* en el Perú (presentadas como artículo en 1964 y como tesis de doctorado en 1965), la historia y contexto contemporáneo de la política peruana, los movimientos campesinos en América Latina y el Perú, y los cambios sociales relacionados a la urbanización y el proceso de marginalización en América Latina.

La abundante producción y su variedad temática, características presentes en toda su trayectoria, refieren a un pensamiento in-

quieto y, sobre todo, a una propuesta comprensiva de lo social como una totalidad conformada por elementos heterogéneos, lo cual exige un abordaje desde perspectivas diferentes pero entrelazadas.

LAS CUESTIONES QUE SE ABREN A LA COLONIALIDAD / DESCOLONIALIDAD DEL PODER

Como el mismo Quijano ha sustentado, las claves de un pensamiento se encuentran en el “modo de urdir una relación cognitiva con el mundo” (1991b: IX). Asumiendo que, en su caso, esta relación es de carácter inquisitivo, hemos divisado tres grandes ejes de cuestiones sobre los cuales el pensamiento de Quijano viene constituyéndose, subdividiendo esta antología y su prólogo a partir de ellos. Los textos seleccionados delimitan las bases constitutivas de estos ejes de cuestiones, la interacción entre ellos y con los sentidos de la realidad social que han dado a translucir. Desde esta perspectiva, la colonialidad y la descolonialidad del poder, como núcleo de sentido del actual momento del pensamiento de Aníbal Quijano, no se desprenden meramente de las cuestiones que nuestro autor ha levantado, sino del modo

como estas han ido interactuando y transformándose con el mundo y los debates del último medio siglo.

Los escritos aquí seleccionados lo fueron por su calidad representativa dentro de los ejes de cuestiones divisados. Sin embargo, cada uno de ellos, como toda la demás producción textual conocida de Quijano –él ha escrito también anónimamente y bajo seudónimos–, tiene específicas y heterogéneas riquezas que requieren ser estudiadas y que este prólogo apenas puede esbozar.

El **Primer Eje de Cuestiones**, que a partir del momento actual de su pensamiento hemos titulado “Totalidad, heterogeneidad histórico-estructural del poder y las tendencias de la crisis raigal de la colonialidad global del poder” aborda la exigencia de cuestionar la existencia social como una totalidad multidimensional compuesta por elementos históricamente heterogéneos articulados por un patrón de poder. Ello implicó desde el principio comprender las particularidades de América Latina y de cada uno de sus países dentro de su articulación con el capitalismo mundial. Su temprana comprensión de la naturaleza diferenciada de la crisis del entero orden capitalista, iniciada en 1973, y la posterior reubicación de América Latina

como exportadora de capitales, le ofrecerían elementos fundamentales para la teorización de la colonialidad del poder.

El **Segundo Eje de Cuestiones**, “De la cultura política cotidiana a la socialización y la descolonización del poder en todos los ámbitos de la existencia social”, parte de sus estudios sobre la realidad y la intelectualidad peruana, que le permitieron comprender el carácter oligárquico de su organización político-económica y el proceso de homogenización burguesa que sufriría el país a partir de 1968, con un gobierno militar discursivamente nacionalista pero alineado con el imperialismo. Su oposición al régimen desde una defensa de las luchas concretas y autónomas del proletariado y de los demás grupos dominados, unido a su seguimiento de las luchas socialistas (y no socialistas) mundiales no alineadas a Moscú, lo llevaría en la década del setenta a comprender la lucha revolucionaria como una socialización cotidiana del poder. La amplia derrota de los movimientos sociales, y su consecuente fragmentación, lo condujo en la década del ochenta a estudiar las nuevas y diversas formas de agrupamiento social. La colonialidad del poder en este eje de cuestiones aparece alrededor de los rasgos étnicos o “raciales” de

las heterogéneas organizaciones que toman forma en este período y de sus estudios históricos sobre el manifiesto carácter racializado de los Estados latinoamericanos.

El **Tercer Eje de Cuestiones**, “Identidad latinoamericana y eurocentrismo; el nuevo horizonte de sentido histórico y la descolonialidad del poder”, delinea la escindida identidad latinoamericana: su desencuentro consigo misma provocado por el eurocentrismo, pero también la fertilidad potencialmente subversiva de ello, en lo estético, en lo cotidiano y en lo político. Desde una reoriginalización de la historia de América y del entero patrón colonial de poder, Quijano delinea cómo el eurocentrismo, en tanto modo de control de la intersubjetividad mundial, produjo un empobrecimiento del imaginario histórico y político que resultó crucial para las derrotas de los pueblos iniciadas en la década del sesenta. Finalmente, levanta cuestiones alrededor de las luchas actuales de las gentes “indigenizadas”, cuyo heterogéneo legado, proveniente tanto de los levantamientos anti-coloniales en América como de las experiencias subversivas mundiales del siglo XX, desarrolla un nuevo horizonte de sentido histórico que abre la posibilidad de la entera descolonialidad del poder.

**PRIMER EJE DE CUESTIONES:
TOTALIDAD, HETEROGENEIDAD
HISTÓRICO-ESTRUCTURAL DEL
PODER Y LAS TENDENCIAS DE LA
CRISIS RAIGAL DE LA COLONIALIDAD
GLOBAL DEL PODER**

**TOTALIDAD, HETEROGENEIDAD,
DOMINACIÓN, CONFLICTO Y
CAMBIO SOCIAL**

La comprensión de la sociedad como una totalidad sería, desde Saint-Simon, el rasgo distintivo de la sociología, área del saber que, dentro de una comprensión interdisciplinaria del pensamiento social, Quijano asumiría como suya (1971a [1965]). La totalidad indica que el sentido de los fenómenos sociales sólo puede ser aprehendido en su relación con todos los demás fenómenos de su sociedad. La inobservancia de ello conduciría el conocimiento sociológico a la parcialidad o la distorsión.

Aunque Saint-Simon y sus seguidores, así como luego Marx y Mariátegui desde sus respectivas idiosincrasias (Quijano, 2007a [2000]), comprendieron el carácter conflictivo y fragmentario de lo social en tanto totalidad, no llegaron a una discusión sistemática sobre ello, como propondría Quijano. Desde el primer

momento de su pensamiento², la noción de totalidad es fragmentaria, heterogénea y procesual, cuyo elemento articulador, el poder, es en sí mismo conflictivo y heterogéneo. Todo ello abre una serie de cuestiones, cabiendo aquí exponer sumariamente tres de ellas.

En primer lugar, se encuentra la dimensión histórica de la totalidad, lo que implica no sólo la permanente transformación de lo social, sino también la superposición y no simplemente la sucesión de diferentes períodos históricos (con orígenes eventualmente distintos). Fórmase, así, una amalgama de elementos heterogéneos, cuya articulación, necesariamente tensa e inconclusa, exige el estudio de cada momento histórico en su singularidad, sin perder por ello la perspectiva de los ejes históricos que lo atraviesan y lo hacen comparable a otros períodos históricos.

En segundo lugar, está la multidimensionalidad de lo social, su composición por ámbitos relativamente autónomos pero interdependientes entre sí y con el todo que conforman.

2 Son aquí especialmente relevantes “Imagen Saint-simoniana de la sociedad industrial” (1964a); “Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú” (1980a [1964]); e “Imagen y tareas del sociólogo de la sociedad peruana” (1971a [1965]).

La delimitación de estos ámbitos ha variado a lo largo de la obra de Quijano. Si en *Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú* (1980a [1964]), divisaba a seis: económico, social, cultural, demográfico, psicológico-social y político; en la actualidad, estos ámbitos se articulan alrededor de las disputas por el control del trabajo, de la “naturaleza”, del sexo, de la subjetividad y de la autoridad.

Finalmente, se encuentran las relaciones de poder –planteadas como conflicto y dominación en sus primeros escritos– entre los grupos sociales, que otorgan a la sociedad su historicidad, es decir, sus dinámicas de cambio. La multidimensionalidad supone una institucionalización específica de cada ámbito de lo social, lo que les dota de relativa autonomía en sus relaciones de interdependencia. Por ello, si bien es posible considerar que uno de los ámbitos ocupa una primacía en su interrelación con los demás, no es posible postular que uno de los ámbitos, como el económico en el liberalismo o en el marxismo eurocéntrico, tenga una absoluta primacía sobre los demás.

Lo cholo... es la obra de su primer período que, de modo más original, se ha enfrentado a la noción de totalidad. En ella, se considera a la peruana como una sociedad no *en*, sino *de* transición, tanto en el sentido en el que su orden

económico es a la vez capitalista y no capitalista, como en el que sus ámbitos social, cultural, psicosocial y político son “indígena”, español y crecientemente euro-norteamericano. El capitalismo y el modo de vida euro-estadounidense son preponderantes, pero no homogéneos. Frente a ellos, el proceso de “cholificación”, es decir, la adopción superpuesta de elementos “indígenas” y “occidentales” por parte de los habitantes de origen campesino, emerge como “uno de los más efectivos agentes del cambio sociocultural en el Perú” (1980a: 111). En oposición a la dominación impuesta por los terratenientes y la burguesía internacional, el “grupo cholo” defiende la independencia económica-política y las peculiaridades culturales peruanas. Así, la institucionalidad de la sociedad peruana es conflictiva y con tendencias de cambio dispares, sólo parcialmente previsibles, pero con una estabilidad relativa cuya especificidad debe ser reconocida.

Entre 1966 y 1971, viviendo en Chile como investigador de la CEPAL, sus cruciales contribuciones a los debates de la teoría de la dependencia parten de la comprensión de que la totalidad social que concierne a los países latinoamericanos es conformada por el “sistema de relaciones de interdependencia formado por los países capitalistas” (1968: 526).

“Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica”, primer texto de esta antología, es un ejemplo notable, entre otros posibles, de este momento de sus reflexiones. Considerando el proceso de urbanización como “una de las expresiones mayores del proceso general de cambio en nuestras sociedades” (p. 525), lo comprende como atañendo a todos los ámbitos de la existencia social: económico, político, social, cultural y ecológico-demográfico. Por ello, se requiere una investigación integral que vincule el proceso de urbanización a la entera historia de los países de América Latina, individualmente y en su conjunto, y a su condición, desde el momento colonial, de dependientes:

[...] las sociedades nacionales latinoamericanas son constitutivamente dependientes y, en consecuencia, su legalidad histórica es dependiente; o, en otras palabras, la racionalidad de sus procesos históricos de cambio no puede ser establecida al margen de la dependencia (p. 526).

Así, no es posible pensar la dependencia como resultado de la intervención de un país autónomo sobre otro autónomo, como había sido propuesto en los debates sobre desarrollo y modernización. Además, la condición de de-

pendiente de cada país latinoamericano no supone una homogeneidad de su población, sino una dominación interna:

[...] la dependencia no enfrenta el conjunto de intereses sociales básicos de la sociedad dominada con los de la sociedad dominante. Por el contrario, presupone una correspondencia básica de intereses entre los grupos dominantes de ambos niveles de la relación [...] (p. 528).

De esta manera, queda manifiesta la condición de dependencia histórica y estructural de los países latinoamericanos, enraizada en la naturaleza colaborativa entre las élites dependientes y las dominantes en la sumisión de la mayoría de la población de nuestros países. A partir de ello, el texto inquiere sobre el carácter de los cambios alrededor del proceso de urbanización en cada ámbito de la sociedad y en ella como un todo. Con ello, además, avanzaba Quijano más allá de un límite que observaba en los debates sobre la dependencia: sus escasos aportes a la comprensión de cómo las relaciones de dependencia afectaban internamente los países dependientes. En sus contribuciones a la cuestión de la marginalización, Quijano avanzaría de sobremanera en este aspecto.

LA CRISIS RAIGAL DEL CAPITALISMO DESDE AMÉRICA LATINA

El debate sobre marginalización, en el que contribuyeron pensadores como José Nun y Fernando Henrique Cardoso y del cual Aníbal Quijano es uno de los iniciadores, buscó dar cuenta de un fenómeno entonces restringido a Latinoamérica que permanecía insuficientemente explicado por la teorización de Marx sobre el “ejército industrial de reserva”: la tendencia creciente de una población que, desplazada por los movimientos del capitalismo monopolístico de las actividades económicas no capitalistas, eminentemente agrarias, no encontraba condiciones para ubicarse como mano de obra asalariada. En “Polo marginal y mano de obra marginal” (1977a [1970]), Quijano avanza en el debate relacionando la marginalización de la mano de obra al “polo marginal” de la economía, es decir, el nivel más depauperado de cada sector de la economía, que utiliza los más anticuados medios y formas de producción. Tal fenómeno es provocado por la abrupta y constante transferencia a América Latina de medios de producción de tecnología intermedia.

Y desde Latinoamérica, del debate sobre la marginalización en especial, Quijano pudo percibir temprano la gravedad de la crisis eco-

nómica y política iniciada a finales de 1973. El texto a este respecto aquí publicado, “Sobre la naturaleza actual de la crisis del capitalismo”, de 1974, sustenta que la que empezaba no era una mera crisis cíclica del capitalismo, sino que, como había previsto sin poder haber vivido Marx, se encontraba en juego el límite mismo del capital como forma de explotación. Cita a Marx:

El desarrollo de las fuerzas productivas, que en el capitalismo son fundamentalmente de origen científico-tecnológico, hace que tienda a aumentar constantemente la cantidad y la calidad de los medios técnicos de producción, que de ese modo van dejando de ser solamente eso y asumiendo simultáneamente el papel de agentes productivos, cada vez más, reduciendo correlativamente el papel del trabajo vivo – es decir, del obrero – como agente productor [...] la fuerza valorizante del obrero individual se borra (ápuđ Quijano, 1974a: 18).

Como había sido evidente primero en América Latina, la sobrepoblación a nivel mundial se expandirá, a la par que el capitalismo especulativo crecerá exponencialmente. Parte de la gravedad misma del período que se iniciaba era la débil y equívoca teorización para enfrentarse al inmediato porvenir. Paradojalmente,

si desde finales de la década del sesenta hubo entre amplios sectores de la población mundial una mayor politización cotidiana y una mayor diversidad crítica a las “prácticas sociales enajenantes” del capitalismo (p. 10), la teorización marxista, absorbida por la tecnocratización de los países de Europa del Este, actuaba en sentido contrario hacia una desmovilización política. Por ello demanda Quijano un

esfuerzo encarnizado para romper con esa pesada herencia, organizar nuestros conocimientos y nuestras formas de acción a la medida de nuestras necesidades actuales, si es que de esta crisis es la revolución socialista la que debe salir, y no una lenta y agónica descomposición e irracionalidad creciente de la sociedad contemporánea (p. 11).

En los siguientes años, Quijano no abandonaría las reflexiones sobre el carácter de totalidad de la existencia social, como tampoco sobre las tendencias de la crisis capitalista, pero una vez que sus preocupaciones se centraron en la construcción de un socialismo desde la especificidad de la lucha cotidiana de los trabajadores y demás explotados, los textos de este período se encuentran en el Segundo Eje de Cuestiones de este libro.

LAS MUTACIONES DEL PODER Y SU COLONIALIDAD

Tras la crisis de los años treinta y, sobre todo, tras la Segunda Guerra Mundial, aún cuando los sectores imperialistas dominantes de los “países centrales” no llegaron a perder su amplia hegemonía, fue mucho lo que tuvieron que ceder para mantenerla. A nivel mundial, una infinidad de luchas, que iba de los más explotados a las burguesías “nacionales”, pasando por los sectores obreros e intermedios, impuso una distribución del poder. La recuperación de tierras, la disminución amplia de la esclavitud y la servidumbre, los derechos laborales, la independencia de los Estados de África, Asia y el Caribe, la instauración de regímenes “socialistas” en todo el globo, el incremento de la industrialización a nivel global o las conquistas de muchas de las reivindicaciones de mujeres, jóvenes y población de “color”, son algunas de las más contundentes muestras de esta distribución de poder, de esta victoria parcial pero efectiva, de las gentes dominadas. Específicamente en América Latina, está relacionada a todo ello la emergencia de corrientes teórico-políticas originales y una nueva efervescencia cultural, de la cual el llamado “*boom* literario” es una de las más prominentes manifestaciones (Quijano, 2008).

“América Latina en la economía mundial” (1993), conferencia en el *Simposio Mundial por el 500° Aniversario de América*, organizado por la UNESCO, el texto que aquí perfila este período histórico, parte justamente por constatar su término y su sucesión por otro de signo inverso, de reconcentración de recursos mundiales bajo control de una élite establecida en los países del centro. Las consecuencias de ello para América Latina fueron trágicas. Entre los datos que presenta el texto, se encuentra que América Latina perdió en la década del ochenta más de la mitad de sus ahorros, 600 mil millones de dólares, bajo servicios de deuda, fuga de capitales y pagos. La pregunta que se hace Quijano es ¿por qué América Latina y no, por ejemplo, Japón o Suecia?

La respuesta se encuentra en el fraccionado tejido social de los Estados latinoamericanos. La colonialidad del poder, es decir, la clasificación “racial” de la población, impidió que las élites “blancas” tuvieran un mínimo sentido de co-pertenencia nacional junto a las poblaciones “india” y “negra” de nuestros países, las cuales sólo en el siglo XX y mediante amplias rebeliones lograron adquirir, aún de modo incompleto, la erradicación de la servidumbre y la esclavitud. La idea de raza, un invento carente de bases biológicas, como forma de legitimación de

las formas de dominación iniciada con la colonización de América, había persistido a la Independencia de los países. De esta forma, los beneficios de la distribución mundial de recursos entre la postguerra y mediados de la década del setenta, se hizo en Latinoamérica no en beneficio de toda la población, sino de sus élites y parcialmente de los grupos de trabajadores “blancos”, ocupando la racialización una importante forma de adquirir de estos una lealtad hacia los sectores dominantes (2000). Por lo tanto, con la crisis de la década del setenta, el decrecimiento económico, la ampliación de los sectores marginalizados de la población, el debilitamiento de los sindicatos, el empobrecimiento del campo³ y la ausencia de un carácter nacional que articulara los diferentes sectores de la población, se hizo imposible que América Latina evitara el desangramiento de sus recursos.

Los dos siguientes textos de la antología son representativos de algunas de las líneas de investigaciones que abrió Aníbal Quijano alrededor de las relaciones entre el capital y el trabajo dentro de la crisis. “¿Del ‘polo marginal’ a la ‘economía alternativa’?” (1998), es el tercer y último capítulo de su libro *La Economía*

3 Ver, a este respecto: “Imperialismo y campesinado. Sus actuales condiciones en el Perú” (1979b [1970]).

Popular y sus caminos en América Latina, realizado a partir de una amplia revisión de la literatura sobre África, Asia y, especialmente, Latinoamérica, y desde investigaciones propias en el Perú alrededor de las temáticas de “marginalización”, “economía informal” y “organizaciones económicas populares” (p. 9; énfasis original). La riqueza y variedad de experiencias recogidas en el texto apuntan a que

Los esfuerzos de los trabajadores “marginalizados” por resolver sus problemas de sobrevivencia, y en consecuencia por motivaciones de eficacia práctica, se han ido orientando en muchos casos, y su número parece ir en aumento, a fortalecer y a expandir las relaciones económicas de reciprocidad o intercambio de fuerza de trabajo y/o trabajo sin pasar por el mercado; a organizarse colectivamente de modo “comunal”, en lugar de empresarial, para gestionar adecuadamente sus recursos, sus productos, sus relaciones en el mercado y con los otros sectores de la economía y de la sociedad (p. 111).

Sin embargo, sin un horizonte definido de agrupamiento social, estas tendencias aparecen usualmente de modo fragmentario, parcial y en asociación conflictiva con el mercado y con el Estado. Pero es justamente el hecho de que, frente a todo ello, estas tendencias co-

munitarias y de reciprocidad tiendan a expandirse y en algunos casos a articularse entre diferentes niveles geográficos y políticos, lo que demuestra su importancia práctica y posibilidades de expansión.

Una singular importancia de este texto son sus reflexiones sobre la Comunidad Urbana Autogestionaria de Villa El Salvador (CUAVES), experiencia de democracia directa en todos los ámbitos de interés colectivo por parte de un centenar de miles de personas que invadieron un territorio de Lima en 1971 y obligaron al Estado a aceptar su institucionalidad comunitaria. Y aunque en sus escritos no lo menciona, Quijano tuvo participación activa en la cristalización de esta experiencia, como se verá en el próximo Eje de Cuestiones.

“El trabajo al final del siglo XX” (2003a), a su vez, discurre sobre las relaciones entre colonialidad del poder y trabajo tras la explotación de la mano de obra haber perdido su centralidad en el capitalismo. Las cuestiones que abre el texto giran en torno a la expansión mundial de formas de explotación del trabajo que habían sido consideradas casi extintas: esclavitud, servidumbre y reciprocidad. Una vez más, estas tendencias son excepcionalmente acentuadas en Latinoamérica: la colonialidad del poder había impedido que el trabajo asal-

riado llegara a ser pleno y, en consecuencia, la esclavitud y la servidumbre se expanden con mayor facilidad, aunque también lo hace la reciprocidad, como una forma potencialmente alternativa al capitalismo.

TOTALIDAD, HETEROGENEIDAD HISTÓRICO-ESTRUCTURAL DEL PODER Y COLONIALIDAD

Tras la Segunda Guerra Mundial, por más de treinta años, los diferentes procesos sociales que apuntaban hacia una homogenización de la población en el continente no habían borrado muchas de sus sustanciales diferencias. Con la crisis, un proceso inverso de heterogenización de la población se inicia. Las investigaciones de Quijano al respecto que, junto a otras en las décadas del ochenta y noventa, permitieron la teorización de la colonialidad del poder, le fueron exigiendo la revisión de una serie de conceptos, tales como totalidad, estructura, “clase”, poder o capitalismo

El texto que cierra este Primer Eje de la antología, “Colonialidad del poder y Clasificación Social” (2007a [2000]), revisa ampliamente el debate sobre la noción de “clase”, de su adopción desde las ciencias naturales por Saint-Simon hasta los marxistas contemporáneos, pa-

sando obviamente por Marx, quien mantuvo el carácter eurocéntrico del concepto, pero también abrió caminos para su subversión. Desde la colonialidad del poder y la “nueva heterogeneidad estructural” latinoamericana (1989), manteniendo la cuestión principal de los debates sobre “clase”, es decir, la del poder, Quijano propone el término “clasificación social”, que

[...] se refiere a los procesos de largo plazo, en los cuales las gentes disputan por el control de los ámbitos básicos de existencia social, y de cuyos resultados se configura un patrón de distribución del poder, centrado en relaciones de explotación / dominación / conflicto entre la población de una sociedad y en una historia determinadas [...] el poder, en este enfoque, es una malla de relaciones de explotación / dominación / conflicto que se configuran entre las gentes, en la disputa por el control del trabajo, de la “naturaleza”, del sexo, de la subjetividad y de la autoridad. Por lo tanto, el poder no se reduce a las “relaciones de producción”, ni al “orden y autoridad”, separados o juntos. Y la clasificación social se refiere a los lugares y a los roles de las gentes en el control del trabajo, sus recursos (incluidos los de la “naturaleza”) y sus productos; del sexo y sus productos; de la subjetividad y sus productos (ante todo el imaginario y el conocimiento); y de la autoridad, sus recursos y sus productos (2007a: 144).

La noción de clasificación social se entrelaza, así, con lo procesual y ya no se restringe al ámbito del control del trabajo, ocurriendo lo mismo con el término “poder”. La “heterogeneidad histórico-estructural” del poder, a su vez, se refiere a que las estructuras constituidas por un determinado patrón de poder, y que adquieren cierta tendencia de auto-reproducción, están desde el principio conformadas por una multiplicidad de elementos históricos cuya parcial autonomía se mantiene actuante. La totalidad social así conformada se encuentra en permanente transformación impulsada por su conflictividad constituyente. Los grupos aiosos en las disputas por el poder alcanzan a imprimir determinado rumbo a los cambios sociales, pero no los pueden determinar plenamente.

El texto también refleja el giro que sufrió en su obra de estos años el término “capitalismo”. Este pasa a diferir de “capital”, referido a la explotación de mano de obra asalariada, mientras “capitalismo” nombra la articulación de todas las formas de explotación de mano de obra conocidas (esclavitud, servidumbre, reciprocidad y sus combinaciones), de sus mecanismos de control y de sus recursos, alrededor de las relaciones del capital y el mercado. Ello solamente se puede comprender mediante la

noción de “colonialidad del poder”: el control por parte de los “blancos” o “europeos” de las formas de explotación no asalariadas, reservadas a los “indios” y “negros”, permite la apropiación de sus productos en beneficio de las relaciones asalariadas que –mediante la lucha de las gentes dominadas– se estaba consolidando en Europa.

Por ello, y pese a que Aníbal Quijano considera que hay tres grandes ejes mediante los cuales las gentes son clasificadas dentro del patrón de poder capitalista: el del trabajo, el del sexo y el de la raza, es este último, el único que emerge con América, el que le otorga al patrón de poder capitalista su rasgo específico y esencial.

SEGUNDO EJE DE CUESTIONES: DE LA CULTURA POLÍTICA COTIDIANA A LA SOCIALIZACIÓN Y DESCOLONIZACIÓN DEL PODER EN TODOS LOS ÁMBITOS DE LA EXISTENCIA SOCIAL

El compromiso ético de Aníbal Quijano con la radical democratización de todos los ámbitos de la existencia social se interrelaciona a su activa participación en las luchas de las gentes dominadas y en el debate coyuntural peruanos, siempre en relación con las luchas

sociales mundiales y en interlocución con el pensamiento crítico correlativo.

LA CONFORMACIÓN HISTÓRICA E INTELLECTUAL DE LA SOCIEDAD PERUANA

Sus investigaciones en las décadas del sesenta y setenta sobre la historia social, política, económica e intelectual peruana son indispensables para orientarnos en su posicionamiento teórico-político. Algunos de los textos importantes son *Naturaleza, situación y tendencias de la sociedad peruana contemporánea (un ensayo de interpretación)* (1967); “El Perú en la crisis de los años 30” (1977) e *Imperialismo, Clases Sociales y Estado en el Perú 1895-1930* (1985 [1978]). El texto que representa aquí este terreno de sus preocupaciones: “José Carlos Mariátegui: reencuentro y debate” (2007b [1979]), prólogo solicitado por Ángel Rama para la edición de *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* de la Biblioteca Ayacucho, expone como interrelacionadas la trayectoria política-intelectual del Amauta y la realidad del país, en el momento de cristalización de su estructura oligárquica.

Tras la Independencia, el Perú vería sus exportaciones agrícolas y mineras casi extinguirse. En respuesta a ello, las familias terra-

tenientes, aisladas geográficamente entre sí, hicieron más opresivas la servidumbre de los indígenas (Quijano 1978c: 40-41). De ese modo, la fractura racial y el “colonialismo interno”⁴ se aseveran. Sería sólo en la segunda mitad del siglo XIX, a partir de la exportación de guano y salitre, que el país reiniciaría un proceso de articulación interna. Se forma entonces una “burguesía terrateniente y comercial” (2007b: XIV) que, sin pretensión de acumulación o industrialización, establece una tradición de corrupción administrativa a servicio de un consumismo de productos industrializados extranjeros.

En la década del nacimiento de Mariátegui, la de 1890, el capital extranjero y monopolístico, inglés y estadounidense, ingresa al país adueñándose de las principales actividades económicas y comerciales, que eran también las que se basaban en la explotación asalariada: agro-exportación, minería, petróleo, transporte pesado, comercio internacional, banca y, desde la

4 El término “colonialismo interno”, introducido en el debate latinoamericano por Pablo González Casanova y Rodolfo Stavenhagen, fue adoptado por Quijano entre los años sesenta y setenta. La teorización de la colonialidad del poder encuentra los límites de este término en su vinculación restricta a la noción de Estado-nación (Quijano, 2000: 234).

década del diez, la principal industria del país, la textil.

Así, la burguesía nacional no sólo queda subordinada, sino totalmente privada de los principales recursos de producción capitalista. Pero el aumento de la mano de obra urbana requería uno equivalente en la producción agropecuaria para consumo interno, lo que se realizó mediante violentos incrementos en la expropiación de tierras indígenas y campesinas y en su sumisión a la explotación servil, lo que fortaleció los sectores de la burguesía comercial y terrateniente, controladora del capital comercial interno.

Por parte de la burguesía imperialista, puesto que la producción capitalista en el Perú era direccionada al mercado mundial, no hubo interés en modificar las relaciones de producción no-capitalistas, una vez que mantenían deprimido el valor de la fuerza de trabajo en el país y, así, permitían que la tasa de ganancia del capital monopólico fuera mucho más alta que la de la economía metropolitana. De esta forma:

El Estado central es la representación de una asociación de intereses de dominación, entre la burguesía capitalista peruana y los terratenientes, ambos subordinados aunque de distinta manera, a la burguesía imperialista (2007b: XXIII).

La solidificación de esta amalgama contradictoria recibió en el debate latinoamericano la denominación de “Estado oligárquico” y tendría su oposición. Desde el siglo XIX, campesinos e indígenas se levantaron contra la expropiación de tierras y la servidumbre, pero la ausencia de articulación no permitió que detuvieran la represión y el avance del proceso de expropiación. Hubo sectores de la burguesía, de inspiración positivista y aspiraciones nacionalistas, que propusieron una alianza nacional que permitiera mejores condiciones frente al capital monopólico, pero carecían de fuerza social para constituirse en alternativa concreta. Otrosí, sectores menores desprendidos de esta burguesía, por veces sensibilizados con la lucha indígena, elaboraron una original crítica al carácter señorial del país. El más importante intelectual del período, Manuel González Prada (1844-1918), insertó en el debate la cuestión indígena, reivindicando una política educativa nacional y, hacia el final de su vida, ya como partícipe de un sindicalismo anarquista propiamente peruano (Quijano, 1995a [1990]), desveló la importancia del carácter agrario en la cuestión indígena, adelantándose por lo tanto a Mariátegui, cuya generación reconoció en González Prada su antecesor.

Sin embargo, una visión del conjunto de estas tendencias permaneció inescrutable para el pensamiento de la época, con la sola excepción en toda Latinoamérica de José Carlos Mariátegui, la cual se explicaría, según Aníbal Quijano, por su adopción del socialismo marxista en

[...] calidad de marco y punto de partida para investigar, conocer, explicar, interpretar y cambiar una realidad histórica concreta, dentro de ella misma. En lugar de ceñirse a la “aplicación” del aparato conceptual marxista como una plantilla clasificatoria y nominadora, adobada de retórica ideológica, sobre una realidad social determinada, como durante tanto tiempo fue hecho entre nosotros (2007b: LX).

De esta forma, sólo él pudo comprender y sustentar –sobre todo, en su crítica a Haya de la Torre– que la clase terrateniente no era meramente feudal, del mismo modo que la clase burguesa no conduciría el Perú a una revolución nacionalista y antioligárquica, una vez que la esencia de ambas se encontraba en su sumisión al capitalismo monopolístico internacional. Ello no impidió que Mariátegui planteara lo que cuarenta años después, durante el gobierno militar de Velasco Alvarado,

Quijano presenciaria y explicitaría: un nuevo acuerdo, ni nacionalista ni revolucionario, entre la burguesía peruana y la imperialista, en detrimento de la clase terrateniente señorial. Con ello, la burguesía no sólo expandía su control sobre la economía, sino que eliminaba la clase social que mayor resistencia popular provocaba.

LA LARGA DÉCADA DEL SETENTA Y LA SOCIALIZACIÓN DEL PODER

La consistencia de esta perspectiva histórica e intelectual, construida por Quijano, le permitirá desvelar tanto el sentido de un período de cambios radicales que afectaban la naturaleza misma de la sociedad peruana, como el carácter del régimen dictatorial del general Velasco Alvarado que estos cambios permitieron.

Entre 1950 y 1966, la estructura del Producto Interno Bruto del país documentó la pérdida de primacía del sector agropecuario en la economía a favor de los sectores petroleros, mineros y fabriles, cuyas tasas de crecimiento anual doblan a la del agropecuario (Quijano, 1967). La crisis entre los grupos dominantes es consecuentemente grave, a la vez que la creciente clase media adquiere una relativa autonomía, alcanzando importantes bases políticas entre trabajadores urbanos y rurales, cu-

yas organizaciones propias también se fortalecían.

Los conflictos relacionados a la recuperación de tierras serán especialmente graves. Además del mencionado estudio sobre “lo cholo”, Quijano escribirá en estos años “El movimiento campesino peruano y sus líderes”⁵ (1979a [1965]), y “Las experiencias de la última etapa de las luchas revolucionarias en el Perú” (1966) –este bajo el seudónimo de Silvestre Condoruna. Entre ambos textos, expone un cuadro amplio de un nuevo período de recuperaciones de tierras, iniciado a finales de la década del cincuenta y que, no obstante represiones por parte de tropas militares con formación antisubversiva, siguió su escalada e inició una articulación entre diferentes áreas del Perú y de estas con sectores urbanos, incluidos guerrilleros.

De esta forma, como se explicitará abajo, el golpe militar de 1968 es fruto de un vacío de poder provocado por irreconciliables disputas entre los grupos políticos del país. Sin embargo, su carácter político y económico no era transparente: el nuevo gobierno, compuesto por mi-

litares con diferentes adhesiones ideológicas, tendría una orientación política oscilante.

En esta coyuntura, Quijano buscará mostrar cómo esta ambivalencia de la junta militar ocurría “dentro de ciertos límites precisables” (1971b [1970]: 13). El segundo texto de este Eje, *Nacionalismo, neoimperialismo y militarismo en el Perú* (Introducción y Parte primera) (1971b), originalmente publicado en 1970⁶, delinearé el carácter esencialmente capitalista y no nacionalista del gobierno, mediante sendos análisis sobre la coyuntura política y económica mundial, y las principales políticas económicas de la junta.

Lo que caracterizaría la dominación imperialista desde finales de la Segunda Guerra sería el proceso de “superposición y combinación relativamente conflictiva y contradictoria, entre dos modelos” (pp. 14-15): a) el tradicional, de hegemonía estadounidense y basado en los denominados “enclaves”, es decir, en el control monopólico sobre la producción y el mercado de los productos agroextractivos latinoamericanos, sin mayor articulación con los otros sectores de la economía de esos países; y b) las modalidades imperialistas re-

5 Este texto constituye la única entrega de una investigación más amplia, que tuvo de ser interrumpida por perder sus condiciones de realización tras la violencia represiva impulsada por el Estado contra las organizaciones campesinas.

6 “Carácter y perspectiva del actual régimen militar en el Perú” (1970).

cientes, que emergen a partir del excepcional desarrollo tecnológico, asociadas a nuevas formas de organización empresarial, con preponderancia creciente del capital financiero y de núcleos empresariales y financieros supranacionales, que entran en conflicto con grupos imperialistas estadounidenses de carácter eminentemente nacional, cuya maleabilidad para adaptarse a las nuevas exigencias es menor. La hegemonía estadounidense sigue incontestable, pero emergen nuevos grupos imperialistas, nacionales o supranacionales, establecidos en Japón, Alemania y otros países europeos.

Con respecto a Latinoamérica, los cambios estructurales del imperialismo supondrán el desplazamiento hacia nuestros países de una parte de la producción tecnológica de nivel medio, lo que potenciará la dinámica industrial de países que habían iniciado su industrialización a inicios del siglo e iniciará la industrialización en aquellos que habían permanecido como exportadores de materias primas. Dado el nulo control de las élites locales sobre las dinámicas del entero sistema capitalista / imperialista, los cambios son abruptos y el creciente poder económico de la burguesía latinoamericana y de sus aliadas imperialistas se superpone a los patrones establecidos por parte de las

oligarquías y sus aliados imperialistas tradicionales. El escenario se hace más revuelto con el recrudecimiento continental de las luchas campesinas y obreras. Ocurre la denominada “crisis oligárquica”: la imposibilidad de que uno de los grupos burgueses que disputan el poder se imponga sobre los demás. Todo ello permitiría emerger el

[...] más interesante fenómeno político del reciente período histórico latinoamericano, no estudiado aún de manera adecuada y suficiente: la relativa autonomización de los sectores de autoridad intermediaria, Fuerzas Armadas y burocracia tecnocrática. Es decir, dos sectores y dos tipos de burocracia que eran los únicos sectores en posición de autoridad intermediaria y con las condiciones necesarias para controlar esa fragmentación de poder originada por la crisis de hegemonía. De ambos, las Fuerzas Armadas eran el único sector realmente organizado y, además, dueño de la fuerza decisiva (1971: 35).

En el Perú, esta autonomía no sólo sería amplia, sino que permitiría convivir, dentro del gobierno militar, diferentes perspectivas, que oscilaban entre un nacionalismo con influencias del socialismo tecnocrático y un liberalismo próximo al imperialismo. El discurso hegemónico del gobierno tuvo un tono nacionalista-

popular y se tomaron algunas medidas que podrían apuntar a ello, como la privatización de la mayor empresa petrolera en el país, o la reforma agraria. No obstante, esta medida tenía menos un interés por democratizar las relaciones en el campo que por poner fin a las luchas campesinas, como lo afirmaría el mismo primer ministro: “no hay ley más anticomunista que la Ley de Reforma Agraria, puesto que es una contención al avance del comunismo, y servirá para desmentir las afirmaciones de aquellos que tildan de extremista al gobierno revolucionario” (*apud* Quijano: 1971: 97). De esta forma, las ambivalencias del gobierno requerirían un análisis que

[...] permita inquirir, frente a cada medida concreta del régimen, el interés social fundamental a cuyo servicio se la establece, así como los compromisos y las articulaciones de intereses específicos a través de los cuales se trata de alcanzar aquello (p. 8).

Así, Quijano analiza las medidas del gobierno en los principales sectores de la economía, entre ellos el agrario, el petrolero, el minero, el bancario y financiero y el industrial. En líneas generales, las políticas económicas están claramente dentro de los intereses del capital im-

perialista, siendo incluso debatidas con empresarios extranjeros antes de ser comunicadas a la población. Asimismo, las medidas en contra del sector terrateniente, eminentemente la reforma agraria, ofrecen una serie de compensaciones económicas y facilidades para que sus capitales sean transferidos al sector industrial. Las industrias estatales creadas o potenciadas lo son a favor de los sectores burgueses internacionales, por lo cual la estatización, contra lo defendido por el gobierno, difiere radicalmente de la nacionalización.

De este modo, como había sido previsto por Mariátegui y confirmado por las investigaciones históricas de Quijano, el carácter dependiente de la burguesía nacional y su tradición señorial no permitieron una nacionalización de la sociedad, en términos de su democratización efectiva. Hubo sectores nacionalistas dentro de la junta militar y un intento por negociar la dependencia en términos menos desventajosos para el país, pero ello apenas atenuó el carácter esencial del gobierno.

En el año 1972, viviendo nuevamente en Lima, Quijano se comprometerá con diferentes frentes de lucha contra el gobierno militar. Funda, junto a intelectuales, obreros y estudiantes, el Movimiento Revolucionario Socialista (MRS), que aun siendo una organización

reducida, logrará articulación con núcleos obreros y estudiantiles en Arequipa, Huancayo, Ica, Ayacucho y, sobre todo, en la Comunidad Urbana Autogestionaria de Villa El Salvador (CUAVES) de Lima (Rojas, 2006).

Junto a un grupo de intelectuales de primera importancia, entre ellos Julio Cotler, César Germaná, Felipe Portocarrero y Heraclio Bonilla, crea la revista *Sociedad y Política*, de la que Quijano será director desde el primer número, de 1972, hasta su último, de 1983. La revista se declara marxista, socialista y revolucionaria, sin vinculación a un grupo político específico y abierta a la participación de toda la izquierda revolucionaria peruana. En su primer editorial, justifica su existencia, en la necesidad de ir hacia “una crítica de la estructura y el movimiento profundos de este sistema [el capitalista], de sus alternativas y procesos reales de cambio” así como de las experiencias “en la construcción del socialismo” de la izquierda revolucionaria peruana, latinoamericana y mundial, en el momento en que la junta militar buscaba imponer sobre las organizaciones clasistas un gremialismo corporativo. La resistencia a ello,

[...] no puede conseguirse sino a costa de incesante esfuerzo de profundización de la crítica revolucionaria de esta sociedad y de la vigilan-

cia de clase de sus alternativas y sus cambiantes modalidades, así como del permanente esfuerzo de aprendizaje del desarrollo revolucionario en el resto del mundo y de nuestra solidaridad activa con esas luchas (Los editores, 1972: 3).

Los artículos de Quijano a lo largo de los once años de la revista privilegiarán, por una parte, análisis que articulan las políticas concretas del gobierno militar a las necesidades del capitalismo internacional y, por otra, el movimiento concreto y las alternativas posibles para las organizaciones obreras, campesinas y populares en el país. Escribirá también algunos artículos sobre Chile (1972) y Bolivia (1980, bajo el seudónimo de José Oruro)⁷, a la vez que publicará escritos de pensadores extranjeros de primera importancia, como Francisco Weffort, Rudolf Bahro o Rui Mauro Marini.

Ante su actividad política, la junta militar decide desterrar a Quijano, junto a Julio Cotler, alegando excesos en sus labores críticas en *So-*

7 Quijano ha acompañado de cerca la política de muchos países latinoamericanos, quizás de un modo especial estos dos, que son también sobre los cuales vierte mayores reflexiones en “El nuevo terreno de la lucha de clases y los problemas de la revolución en América Latina” (1974b), incluido en esta antología.

ciudad y Política N° 4, de septiembre de 1973, en la cual Quijano había escrito “La coyuntura política y las tareas de la clase obrera”. Rodrigo Montoya (2011: 38), sin embargo, propone que la participación activa del MRS en la CUAVES fue un motivo velado, pero de primera importancia, para la deportación.

Villa El Salvador se inició como una invasión en 1971, y dos años después llegaría a tener 110 mil habitantes. La experiencia de resistencia y negociación con el gobierno se realizó en términos comunitarios. Uno de los fundadores del MRS, el obrero textil residente en Villa el Salvador, Apolinario Rojas, promovió la manutención y expansión de este carácter comunitario, contra lo pretendido por el gobierno militar de transformar Villa el Salvador en un barrio corriente de Lima (Coronado, 1996). Mediante un debate insertado en la vida cotidiana de las gentes sobre sus necesidades y aspiraciones, y una institucionalización representativa por bloque de viviendas, la cual suponía la presencia de más de mil representantes con derecho a voto en las asambleas comunitarias –de las que cualquier persona podría participar con derecho a voz–, se decidió, en 1973, por la institucionalización de Villa el Salvador como Comunidad Urbana Autogestionaria (CUAVES), con orientación socialista y anticapitalista.

Su primer representante fue Apolinario Rojas y durante su gestión la CUAVES organizó –en debate con el Estado y con el apoyo de técnicos aliados– su plan urbano, sus servicios de educación, salud, transporte y comunicación, un sistema de financiamiento, además de un mercado compuesto por tiendas como farmacia, ferretería o puesto de kerosene –combustible para cocinas– que proveían productos de primera necesidad a precio accesible. Se trataba, por lo tanto, de una ejemplar experiencia de lo que Quijano denominaría “cultura política cotidiana” (1974a). Y si bien él no era residente de la CUAVES, tenía un diálogo directo no sólo con Apolinario Rojas, sino con líderes de diferentes tendencias políticas en la Comunidad (Montoya, 2011: 56-57), por lo cual era de interés del gobierno militar apartarlo de tan autónoma experiencia.

Quijano pasó el año de 1974 como profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), regresando al Perú en 1975, año en que el gobierno de Velasco, imposibilitado por la crisis de levantar la economía del país, es derrocado por el ala más reaccionaria de la junta militar.

Quijano, como el MRS y la revista *Sociedad y Política*, constatando por un lado la gravedad de la crisis y la severidad con la que el nuevo

gobierno quiso hacer recaer sus consecuencias sobre los trabajadores y demás explotados y, por otro, el aumento de las protestas por parte de estos sectores y su mayor aproximación al socialismo y a la crítica al sistema capitalista como un todo, propone un frente de trabajadores⁸. La concepción de frente suponía la unión de las diferentes organizaciones de trabajadores y de los demás explotados, socialistas y no socialistas, a partir de sus demandas inmediatas, pero dentro de una lógica de autonomía del proletariado y los explotados y bajo el liderazgo compartido entre las distintas organizaciones socialistas.

Lamará la atención que, entre 1975 y 1979, sólo se hayan publicado tres números de *Sociedad y Política* y que la producción de artículos firmados por Aníbal Quijano haya disminuido. Ello se debió a que el MRS participó intensamente en las luchas populares y proletarias de esos años. Entre 1976 y 1980, el MRS editó la revista mensual *Revolución Socialista*, cuyo subtítulo era la frase de Marx: “La emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma”, y es muy probable que la dirección de la misma y una parte considerable de sus artí-

culos fueran de Aníbal Quijano, pese al carácter anónimo de los mismos. En 1978, también se editó la revista *Sociedad y Política Quincenal*, bajo la dirección reconocida de Quijano, aunque sin artículos firmados. La mayor periodicidad de ambas revistas y la brevedad de sus artículos indican la urgencia de la época.

Las protestas se intensificaron y en 1977 ocurre el primer paro general desde 1919, en cuyo Comité Unificado de Lucha, se encontraba el integrante del MRS Apolinario Rojas, como representante del sindicato textil. La CUAVES, que había pasado por un período de literal sabotaje por parte de sectores de la izquierda tecnocrática, se encontraba en un proceso de recuperación de autonomía y fue una de las más comprometidas bases del paro.

Los efectos de la crisis sobre las clases dominadas se endurecieron en los años siguientes y, pese a que una dirección socialista en el movimiento de trabajadores no se hizo jamás hegemónica, las huelgas y confrontaciones se expandieron. En este contexto, el gobierno militar, las élites y parte de la izquierda conciertan elecciones presidenciales para 1980. En este mismo año, Quijano escribe “Los usos de la democracia burguesa” (1980b), donde evidenció los elementos demagógicos presentes en esta maniobra, cuyos objetivos de confun-

8 Véase: “¿Frente popular antiimperialista o frente de trabajadores?” (1976), incluido en esta antología.

dir y diluir la lucha de los trabajadores serían, a la postre, exitosos.

En este momento, en que las tendencias burocráticas de la izquierda que Quijano combatía desde la década del cincuenta entorpecían a conciencia la movilización del pueblo peruano, que la CUAVES había sido igualmente víctima de un primer intento de desarticulación, que las luchas de los demás países de América Latina también venían siendo perdidas y en el que los intentos de desburocratización del Estado en Europa del Este y en China habían sido ahogados con persecuciones y masacres, Quijano concibe el socialismo como democracia directa de los trabajadores en las páginas de las revistas que dirigía. El texto que aquí representa este movimiento de su pensamiento es “Poder y democracia en el socialismo” (1981)⁹.

9 En la década del ochenta, como el mismo Quijano ha constatado (1987a), la socialdemocracia fue hegemónica en el continente. La defensa de una democracia directa frente a las versiones burocráticas del socialismo parecía remontarse a un período histórico superado. Sin embargo, desde que a inicios de la década del noventa se inician nuevos períodos de protesta en América Latina, abriendo espacio a los llamados “gobiernos progresistas”, las cuestiones levantadas por Quijano en la década del setenta vuelven a ser de primera importancia para el debate.

Sin embargo, las derrotas de los movimientos populares a nivel mundial, iniciadas a finales de la década del sesenta y acentuadas tras la crisis del capital en 1973 impusieron sus más catastróficos efectos en la década del ochenta. Los movimientos obreros se desarticulaban ante la precarización del trabajo. En el Perú, la CUAVES perdió su batalla contra las fuerzas del Estado y de la izquierda burocrática en 1983, el mismo año en que, sin artículos firmados por Quijano, *Sociedad y Política* lanza su último número. Asimismo, el MRS se disolvió en esos años.

DESCOLONIZACIÓN DEL PODER Y ESTADO-NACIÓN MODERNO / COLONIAL

Quijano comprende la derrota sin aceptar su legitimidad o perpetuidad. La década del ochenta es de repliegue y redireccionamiento de fuerzas. Su movimiento reflexivo parece privilegiar dos amplios e interrelacionados temas: el de la identidad latinoamericana, reflejado con mayor amplitud en los textos del Tercer Eje de Cuestiones; y el de las formas de agrupamiento social que la crisis propició o a las que dotó de un nuevo sentido sociológico.

Los textos que dan cuenta de esta problemática, principalmente “La nueva heteroge-

neidad estructural en América Latina” (1989) y “Poder y Crisis en América Latina” (1991c) indagan sobre la “multi-inserción” de una heterogénea población dominada, es decir, sobre su participación en diferentes y contradictorios procesos de agrupamiento social, su relación con el Estado y con las formas de agrupamiento clasista. Aún cuando el debate en América Latina era incipiente, se hacen entonces visibles dos temas posteriormente decisivos para la teorización de la colonialidad del poder: a partir de investigaciones en Bolivia, Ecuador y México, sobre todo, Quijano destaca la importancia creciente de la organización alrededor de lo étnico y lo “racial”; y desde investigaciones en Chile y de sus propias reflexiones sobre la CUAVES y otras experiencias peruanas y latinoamericanas, advierte sobre formas de agrupación alrededor de la reciprocidad en el trabajo y de la gestión colectiva de la autoridad.

La década del noventa será marcada por su teorización de la colonialidad del poder, pero también por la dictadura fujimorista que, en medio de lo que Quijano denominó “turbio y sangriento intercambio terrorista entre el Estado y la agrupación maoísta Sendero Luminoso” (2005: s/p), impone el neoliberalismo sin oposición organizada. Quijano enfrenta al

régimen¹⁰ y, al ser invadida la Universidad Nacional Mayor de San Marcos por las Fuerzas Armadas, presenta como protesta su dimisión de la que había sido por décadas su casa de enseñanza y debates.

Tres textos aquí presentados: “La crisis en Europa del Este y la Izquierda en América Latina” (1995a [1990]); “¿El fin de cuál Historia?” (1997c) y “Allende otra vez: en el umbral de un nuevo periodo histórico” (2003b), abordan la aplastante victoria del capitalismo. Las razones de ello no estaban lejos de las preocupaciones que Quijano expresó al inicio de la crisis (1974a). La amplitud, diversidad y radicalidad creciente de los movimientos sociales alrededor del mundo, cuyas reivindicaciones por la auto-reproducción democrática de la sociedad amenazaba tanto al capitalismo como a las burocracias controladoras de los Estados del “socialismo realmente existente”, generó por parte de ambas fuerzas un amplio y conjunto esfuerzo contrarrevolucionario. La lista de derrotas impuestas entre 1965 y 1975 es larga: las rebeliones de París, México, Beijing o Praga y los movimientos feministas, de las gentes

10 Quijano ha escrito numerosos artículos sobre el fujimorismo. Entre ellos, “Populismo y Fujimorismo” (1997b) y “El Fujimorismo del gobierno Toledo” (2002).

racializadas y de formas no hegemónicas de sexualidad fueron simultáneamente reprimidas, cooptadas u obligadas a replegarse. Los gobiernos socialistas no alineados a Moscú en África, Bolivia o Chile fueron sustituidos por regímenes dictatoriales subsidiados por las potencias de la “Guerra Fría”. Entre los setenta y los ochenta, el neoliberalismo, iniciado por Pinochet y seguido por Reagan y Thatcher, se expande por todo el globo sobre los escombros de los movimientos obreros debilitados por la creciente “marginalización” o “desempleo estructural”, derivados de la pérdida de importancia de la mano de obra para el capitalismo financiero. Pero aún ante el presente y el futuro próximo desoladores, Quijano apuesta por las nuevas luchas que apenas se delineaban:

El fin de esa Historia no ocurrirá quieta, ni pacíficamente. Nunca ocurrió así el fin de ninguna Historia. Pagaremos todos, todas sus consecuencias. Pero no todo está dicho, ni decidido, sobre la suerte que correrán, que correremos, sus víctimas. Porque, pese a Hegel y a Fukuyama, no existe ninguna entidad suprahistórica que pre-decida nuestro destino. Y en tabla alguna está escrito que seremos siempre derrotados. Es, por el contrario, el momento de romper con las rejas del eurocentrismo y de preparar la otra Historia, la que resultará de las grandes luchas que ya están

a la vista. ¡Esa nueva Historia puede ser nuestra Historia! (1997b: 32).

Los dos últimos textos de ese Eje, “Estadonación, Ciudadanía y Democracia en cuestión” (1997d) y “El ‘movimiento indígena’ y las cuestiones pendientes en América Latina” (2005) –juntos a “Colonialidad del Poder, Eurocentrismo y América Latina” (2000) en el próximo Eje– son indicativos de sus reflexiones sobre las interrelaciones entre colonialidad del poder y Estado-nación moderno.

En la modernidad se conjugan conflictivamente dos exigencias sociales: “En un lado, el del capital, la del individualismo y la racionalidad instrumental. En el otro, el del trabajo, la de la igualdad social y la racionalidad histórica” (1997d: 146). Los Estados-nación modernos se consolidan en Europa entre los siglos XV y XIX en la medida en que pueden articular estas exigencias. El Estado, como espacio de dominación en el que se establece un patrón capitalista, adquiere un carácter nacional en la medida que las gentes sometidas a este patrón de poder, desde sus luchas, alcanzan una parcial pero concreta “democratización del control de recursos de producción, en el área privada, y de mecanismos institucionales en el área pública” (p. 148). Es decir, ocurre una ne-

gociación de los límites de la dominación y la explotación, en la cual la racionalidad histórica y su horizonte de transformación por la acción de las gentes hacia la igualdad social alcanzan a imponerse en el imaginario, aunque en la práctica social predomina la racionalidad instrumental. La cristalización de este oxímoron es la ciudadanía, es decir, la “igualdad jurídica y civil de gentes desigualmente ubicadas en las relaciones de poder” (2000: 227).

En América, sin embargo, la situación sería de signo inverso. Las reflexiones de Quijano (2000, 2005) sobre las observaciones de Tocqueville a la democracia que se establecía en Estados Unidos son muy perspicaces, casi didácticas. El pensador francés se fascina con la fácil integración de personas con heterogéneas historias, lenguas o culturas al naciente Estado-nación, en democráticas condiciones de igualdad. Pero advierte también la exclusión de las personas “negras” e “indias” en este proceso. La cuestión racial en la obra de Quijano, como ha remarcado Rita Segato (2010), se deslinda así de las nociones substantivas de raza, sean biológicas o socioculturales, ubicándolas de modo claro en las relaciones coloniales de poder históricamente identificables.

Todos los pueblos, muy diferentes entre sí, cuyos antepasados habían vivido en América

antes de la llegada de los colonizadores, a través de un proceso cuyas tendencias son claras al inicio de la colonización, fueron homogenizados como “indios”, de la misma forma que lo fueron como “negros” aquellos con ascendencia africana. Los impulsores de la Independencia, descendientes de los colonizadores, entonces ya auto-considerados “blancos”, rechazaron cualquier sentido de co-pertenencia junto a “indios” o “negros”, cuyo trabajo siguió siendo explotado bajo servidumbre y esclavitud hasta cuando fue posible y cuyos territorios pasaron a ser expropiables. No hubo, por lo tanto, el interés de impulsar una sociedad y un mercado que albergara a una población con mínimas condiciones de igualdad. Por el contrario, la importación de productos fabriles europeos requería la sobreexplotación de la mano de obra no-blanca en la economía agrícola, y todo ello abría las condiciones para que las luchas de las poblaciones dominadas en Europa alcanzaran una democratización importante de la sociedad, alrededor de la noción de ciudadanía.

Cualquier democratización mínima de las relaciones sociales en América, por lo tanto, requeriría o bien una política genocida de los pueblos no-blancos y una importación de mano de obra europea, o bien revoluciones verdade-

ramente descoloniales, que socializaran el poder en todos los ámbitos de la existencia social. La primera y única culminada fue la de Haití, aunque luego sería sabotada. La Revolución Mexicana fue interrumpida pero obligó a una importante democratización de las relaciones sociales. La de Bolivia fue muy tempranamente reprimida y no supuso cambios significativos en la estructura de poder.

Desde esta perspectiva histórica, la emergencia del actual “movimiento indígena” en los países andinos y mesoamericanos, es decir, una re-identificación con términos coloniales por parte de un amplio sector de la población “campesina”, es para Quijano unos de los signos mayores de la crisis de la colonialidad del poder. Entre otras reflexiones al respecto, Quijano indaga sobre la interrelación entre todo el tiempo histórico colonial (y en su entera heterogeneidad) que se encuentra tras una reivindicación basada en la terminología “racial”, las luchas por la recuperación de tierras en todo el continente en el siglo XX –con la derrocada de los Estados oligárquicos y de la servidumbre– y el actual momento “neoliberal”, en el cual el Estado vuelve a ser expropiador de tierras como hace cien años.

En este escenario, la institución “comunidad indígena”, de origen colonial, en cuyo ámbito

los pueblos pudieron históricamente defender una importante autonomía, se vuelve un espacio de re-identificación. El cual, además, alberga tradiciones de prácticas democráticas y de reciprocidad en el trabajo, confluyentes con las prácticas de muchos otros pueblos explotados en el período contemporáneo, pero quizás con un grado mayor de institucionalización social y una mayor capacidad presente y futura de cohesión social.

TERCER EJE DE CUESTIONES: IDENTIDAD LATINOAMERICANA Y EUROCENTRISMO; EL NUEVO HORIZONTE DE SENTIDO HISTÓRICO Y LA DESCOLONIALIDAD DEL PODER

La identidad latinoamericana aparece en la obra de Quijano como escindida entre su experiencia concreta y su auto-percepción, marcada esta última por lo que, desde la década del sesenta, Quijano denomina “eurocentrismo”. Ya sus primeras reflexiones sobre las entrelazadas cuestiones de la urbanización y el campo en América Latina, y especialmente en su estudio sobre lo “cholo”, muestran cómo la dominación colonial, y posteriormente la terrateniente y la burguesa, necesitan interrumpir

los modos de auto-reproducción cultural de los pueblos indígenas dominados. Estos últimos, a su vez, rechazan su plena asimilación al modo cultural que los dominantes les reservan, pero, privados de condiciones para mantener su autonomía, reelaboran elementos propios dentro de los códigos dominantes. El resultado es una recreación cultural necesariamente tensa, inestable y conflictiva, que puede ser aceptada con resignación o de una manera desafiadora y afirmativa, como en el caso del “grupo cholo” en los años sesenta.

El primer texto de este Eje, “Dominación y Cultura” (1980c [1971]), denomina “dependencia cultural” a esta condición histórica latinoamericana. Dentro de la noción de totalidad, esta cuestión sólo podría ser resuelta mediante una revolución que atravesara todos los ámbitos de lo social. A diferencia de un extendido culturalismo, Quijano resalta el carácter a la vez histórico y contemporáneo de lo cultural: la interrelación entre los pueblos supone un intercambio permanente de experiencias, por lo que no se trataría de que los pueblos dominados retornaran a una cultura originaria, sino de una reconfiguración revolucionaria y subversiva de la sociedad:

Son los grupos humanos portadores de las culturas, quienes tienen derecho no sólo de portar una

cultura, sino de elaborarla y reelaborarla, con la autonomía necesaria para organizar en cultura su cambiante existencia social y psicológica, y por lo tanto para escoger en el fondo universal de elementos culturales lo que resulte mejor para el desarrollo y el cambio de la calidad de la vida humana (p. 42).

En “Arguedas: la sonora banda de la sociedad” (1984), reconoce en esta capacidad subversiva el genio del novelista y antropólogo peruano. A través de los estudios de Martín Lienhard y de Alberto Escobar, quienes muestran –respectivamente sobre la narrativa y la lengua– cómo José María Arguedas trabajó de manera encarnizada desde el castellano y las formas narrativas dominantes para hacer relucir el quechua y la forma india de ver el mundo, afirma Quijano:

El proyecto arguediano de la lengua importaba un proyecto cultural de dimensiones históricas. La lucha por otra lengua y por otra cultura, implicaba la admisión y defensa de ambas herencias históricas en tanto y en cuanto pudieran ser, cada una, recreadas y transfiguradas por medio de tal “intervención triunfante” de lo dominado en lo dominante (1984: 160).

Este texto pertenece ya al período de redireccionamiento del pensamiento quijaniano, a su

encuentro con la necesidad de otro pensar y otro accionar. Él mantiene sus análisis sobre las formas que va tomando la crisis del capitalismo, constata la generalización de la “social-democracia” en el continente (1987a), indaga sobre las formas contemporáneas de organización social, otorga nuevamente mayor importancia a la literatura en su reflexión (1984, 1985, 1988) e intensifica sus estudios sobre José Carlos Mariátegui:

La de Mariátegui es una obra que tiene una enorme aptitud para admitir lecturas nuevas, todo el tiempo, cada vez que hay un recodo importante en la historia de América Latina y del pensamiento de América Latina. Y esta aptitud para admitir lecturas nuevas es probablemente lo que hace que su obra sea, hoy día, un territorio cada vez más concurrido (1987b [1986]: 106-107).

Y el recodo de los años ochenta no podría haber sido más acentuado. Como muchas veces ha sustentado, nunca antes en 500 años de historia, aun bajo las más violentas derrotas, habíamos perdido la perspectiva de futuro. Por primera vez, la colonialidad del poder capitalista se imponía a la intersubjetividad mundial como inevitable.

En el primer texto sobre Mariátegui aquí seleccionado, “La tensión del pensamiento la-

tinoamericano” (1987b [1986]), Quijano parte de la contradictoria adopción de un marxismo científico y una filosofía mística de la historia, que Mariátegui asumía con tranquilidad y sus estudiosos, con perplejidad, justificándola mediante su deficiencia teórica o su idiosincrasia personal. Quijano propone un tratamiento sociológico y estético a la cuestión: en Mariátegui actuaba “lo que sigue actuando hoy en el pensamiento, en la producción del pensamiento latinoamericano”, es decir, la co-pertenencia de mito y logos:

Con Mariátegui estaba constituyéndose, a mi juicio, por primera vez de manera explícita, un campo cultural original que [...] implica que logos y mito no son, no pueden ser externos entre sí, sino contradictorios en un mismo movimiento intelectual en que la imaginación actúa con y a través del análisis lógico para constituir el conocimiento como representación global o globalizante y en movimiento, que es indispensable para otorgar estatus suprahistórico, mítico, pues, a lo que sólo puede realizarse en la historia a través de muchas transcendencias y transfiguraciones (1987b: 109).

La consolidación de este campo cultural original, que posteriormente Quijano denominaría como “racionalidad alternativa” (1995b), se hace vital para la necesaria revitalización del

legado marxista. Lo real maravilloso o el realismo mágico, en este sentido, no se restringirían a lo literario, como el mismo Gabriel García Márquez habría resaltado, sino que son propios de toda experiencia de nuestro continente, incluida obviamente la intelectual.

De esta forma, sus textos de finales de la década del ochenta constituyen integrados, alegres incluso, ejercicios de imaginación histórica y rigurosidad investigativa. En “Lo público y lo privado: un enfoque latinoamericano” (1988), re-originaliza la comprensión histórica de la modernidad: esta no se constituiría desde procesos históricos internos en Europa, sino como resultante de los cambios que ocurrían en la totalidad del mundo y que, si fueron sistematizados en Europa, se debió a su posición dominante en este mundo, en el cual América tenía una plaza especial:

Para Europa, la conquista de América fue también un descubrimiento. No sólo y no tanto, quizás, en el manido sentido geográfico del término, sino ante todo como el descubrimiento de experiencias y de sentidos históricos originales y diferentes [...], a estas alturas, nadie puede ignorar ya que, magnificadas o no, en la experiencia americana, andina en primer término, no eran ajenas a la realidad algunas de las formas de existencia social buscadas, la alegría de una solidaridad social

sin violentas arbitrariedades; la legitimidad de la diversidad de los solidarios; la reciprocidad en la relación con los bienes y con el mundo en torno, tan por completo distintas a las condiciones europeas de ese tiempo (1988: 11-12).

Este y otros textos del período, como “Estética de la Utopía” (1990) y “La razón del Estado” (1991) aquí presentados, abren muchas cuestiones, entre otras: la comprensión de lo comunitario y la reciprocidad contemporáneos cómo fenómenos rearticulados por el capitalismo y, por lo tanto, sociológicamente nuevos; la diferenciación entre la racionalidad histórica y liberadora y la que Max Horkheimer denominó “instrumental”; la relación de ellas con la noción de Estado; y la subversión estética y utópica de las experiencias contemporáneas, por encima de la homogenización pretendida por el patrón de poder.

COLONIALIDAD DEL PODER, EUROCENTRISMO Y EL NUEVO ORDEN INTERSUBJETIVO MUNDIAL

Estas indagaciones sobre la escindida identidad latinoamericana y sus subversiones, teórico-política en Mariátegui; literaria en Arguedas, García Márquez o Juan Rulfo; estética, comunitaria y utópica en el cotidiano latinoamericano,

implicaban profundizar en la investigación del eurocentrismo, al cual en 2005 Quijano definiría como “modo de producción y de control de subjetividad –imaginario, conocimiento, memoria– y ante todo del conocimiento” (s/p), y en relación al cual emergía nuestra singular identidad, latentemente subversiva.

Y encontraría en la experiencia colonial de dominación y explotación de los pueblos aborígenes de América y África –posteriormente homogenizados como “indios” y “negros”, frente a los cuales los dominantes pasarían a percibirse como “europeos” y “blancos”– la emergencia del eurocentrismo. Por ello, ya en sus textos de 1992 articularía el eurocentrismo a la colonialidad del poder. El texto que representa aquí este momento, “Raza, ‘Etnia’ y ‘Nación’ en Mariátegui: Cuestiones Abiertas” (1992), tiene además la especificidad de delinear las cuestiones abiertas por el Amauta que preludiaron el concepto de “colonialidad del poder”, entre ellas el problema de la tierra y de la explotación diferenciada del trabajo de los indígenas: “La raza tiene, ante todo, esta importancia en la cuestión del imperialismo”, diría Mariátegui, a la vez que afirmaba: “los elementos feudales o burgueses, en nuestros países, sienten por los indios, como por los negros y mulatos, el mismo desprecio que los imperialistas blan-

cos” (*apud* Quijano, 1992: 184). De esta forma, Mariátegui pudo percibir la importancia fundamental de la “raza” en los ámbitos político, intersubjetivo y económico peruanos y, por lo tanto, también para la posición del país en el mercado mundial. Sin embargo, no alcanza a percibirla como la piedra angular de todo el período histórico iniciado con América.

El siguiente texto de la antología, “Colonialidad del Poder, Eurocentrismo y América Latina” (2000), además de traer un amplio análisis sobre la constitución histórica de los diferentes Estados-nación de América, expone extensamente alrededor del “eurocentrismo”, cabiendo aquí traer apenas algunas de estas contribuciones.

La colonización europea supuso en términos intersubjetivos que “todas las experiencias, historias, recursos y productos culturales, terminaron también articulados en un solo orden cultural global en torno de la hegemonía europea u occidental” (p. 209). Ello se hizo mediante una serie de operaciones: todos los conocimientos de los pueblos colonizados que sirvieran al patrón colonial de poder les fueron expropiados. Las capacidades de estos pueblos de reproducir sus propios patrones de sentidos fueron reprimidas tanto como fue posible, a la vez que fueron forzados a adoptar parcialmente la cultura de los dominadores en lo necesari-

rio para la reproducción de la dominación. La asociación del etnocentrismo con la noción de “raza” –con la correlativa homogenización de todos los pueblos de América como “indígenas” y de todos los de África como “negros”– supone, además, una nueva perspectiva temporal y geográfica. Los pueblos ubicados al norte del Atlántico pasarían a considerarse “blancos” y “europeos”, cuya civilización habría sido constituida mediante un proceso interno iniciado en la Grecia clásica y culminado en la modernidad. Los pueblos “indios” y “negros”, representaban el pasado de Europa, pero paradójicamente, por su “raza” eran también inferiores natural y permanentemente.

Tal mistificación histórica, que le niega a las poblaciones no-blancas no sólo sus efectivas contribuciones a la historia mundial sino su capacidad para haberlo hecho, resultó eficaz, ya que su imposición sobre el imaginario mundial, incluido el de los dominados, ha sido hegemónica hasta ahora. El eurocentrismo no podría ser, por lo tanto, un etnocentrismo –aun conteniendo un rasgo etnocéntrico. Tampoco se refiere a una experiencia general de los pueblos europeos, sino al modo de control intersubjetivo requerido por el patrón de poder capitalista / colonial. Ello implicaría un amplio allanamiento de la experiencia cognitiva mundial,

marcado por la imposibilidad de dar cuenta de categorías no homogenizadas, desprendiéndose de ello, entre otros rasgos, la asociación de un nuevo y radical dualismo (europeo, no-europeo, mente-cuerpo, cultura-naturaleza, mito-logos, etc.) y un evolucionismo unilineal y unidireccional.

HORIZONTES Y DESCOLONIALIDAD DEL PODER

En “El Regreso del Futuro y las Cuestiones del Conocimiento” (2001), Quijano sustenta que, a lo largo de todo el siglo XX, hubo un desencuentro “entre el imaginario histórico-crítico y la experiencia histórica concreta” (p. 9). El primero fue homogenizado por la versión más eurocéntrica de la herencia de Marx: el “materialismo histórico”, y se dirigió al control del Estado-nación, en oposición a las experiencias históricas que a partir de la década del sesenta demandaron la autorreproducción democrática de la sociedad. La violenta y exitosa contrarrevolución impidió que estos movimientos establecieran un firme imaginario alternativo.

Sin embargo, sus investigaciones y su cercanía política a los movimientos indígenas le permitirían decir, diez años después, en el texto que concluye esta antología, “¿Bien Vivir?: entre el ‘desarrollo’ y la des / colonialidad del poder” (2011):

[...] no obstante la derrota de los movimientos antiautoritarios y antiburocráticos, y de la seciente imposición de la “globalización” del nuevo Capitalismo Colonial Global, la simiente de un horizonte histórico nuevo pudo sobrevivir entre la nueva heterogeneidad histórico / estructural del imaginario mundial, y germina ahora como uno de los signos mayores de la propuesta de Bien Vivir. (p. 81)

La acentuación de las tendencias desarrolladas por el “neoliberalismo”, la “globalización” y la “posmodernidad” suponen ya una amenaza a las condiciones mismas de vida humana y no humana sobre la Tierra. La “crisis climática”, provocada por la desorbitada agresión a la “naturaleza”, afecta primera y principalmente a las poblaciones “indigenizadas”. De esta forma, los descendientes de los primeros pueblos que habían sobrevivido al genocidio provocado por la racialización en el momento originario del actual patrón de poder, encuentran nuevamente amenazadas sus condiciones de vida. Su resistencia y sus propuestas alternativas, históricamente heterogéneas y en relación con las demás luchas contra el patrón de poder, no son una lucha más, sino que implican la descolonialidad del patrón de poder en todos los ámbitos de existencia. Por lo tanto, no es

aleatorio que sean ellos quienes propongan la noción de “Bien Vivir” como un nuevo horizonte de sentido histórico en el que la igualdad, la solidaridad y la democracia plena incluyan una relación de co-responsabilidad con las demás formas de vida y elementos de la Tierra.

Por ello, Quijano pudo decir en el año 2009, a partir de la confluencia de las preocupaciones de los pueblos indígenas y de la comunidad científica, preocupaciones que debemos hacer nuestras los que estamos comprometidos y comprometidas con aquella alegría de la solidaridad social que se mundializó a partir de América:

[...] el movimiento de los más dominados de este mundo, los que si venden sus medios de subsistencia no podrían existir, y al mismo tiempo aquellos que nos dan cuenta de que si eso se termina, nadie de nosotros podríamos vivir; entonces por fin emerge otro horizonte de sentido histórico que ya está aquí, que ya está comenzando; porque no es sólo el discurso, no son sólo asambleas, están reorganizando sus comunidades, están asociando sus comunidades, están generando otra forma de autoridad política en el mundo que va a tener que competir y conflictuar con el Estado mientras el Estado aún esté allí. Estamos con otro elemento nuevo. Esto no es sólo una utopía, eso está comenzando; estamos comenzando a convivir con

el futuro. Podemos ser derrotados, incluso el mundo puede terminarse; pero no tiene vuelta atrás (p. 5).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Coronado, Jaime 1996 “La estructura de autoridad y representación en una comunidad urbana: la experiencia de la CUAVES, 1971-1990” en Coronado, Jaime y Pajuelo, Ramón *Villa El Salvador: poder y comunidad* (Lima: CECOSAM / CEIS).
- Condoruna, José 1966 “Las experiencias de la última etapa de las luchas revolucionarias en el Perú” en *Estrategia* (Santiago de Chile) N° 3.
- Los Editores 1972 “Editorial” en *Sociedad y Política* (Lima) N° 1, junio.
- Montoya, Rodrigo 2010 *Porvenir de la Cultura Quechua En Perú: desde Lima, Villa El Salvador Y Puquio* (Lima: Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas / Confederación Nacional de Comunidades del Perú Afectadas por la Minería / Programa Democracia y Transformación Global / Oxfam América / Fondo Editorial de la UNMSM).
- Oruro, José 1980 “Bolivia: la tragedia de las equivocaciones” en *Sociedad y Política* (Lima) N° 10, noviembre.
- Quijano, Aníbal 1962 “C. Wright Mills, conciencia crítica de una sociedad de masas” en *Revista del Museo Nacional* (Lima) Tomo XXXI: 305-313.
- Quijano, Aníbal 1964a “Imagen Saintsimoniana de la sociedad industrial” en *Revista de Sociología* (Lima: Departamento de Sociología, Facultad de Letras, Universidad de San Marcos) Vol. 1, N° 1: 49-85, julio-diciembre.
- Quijano, Aníbal 1966 “Los movimientos campesinos contemporáneos de América Latina” en Lipset, S.M. y Solari, Aldo (eds.) *Las Elites Contemporáneas de América Latina* (Buenos Aires: Paidós).
- Quijano, Aníbal 1967 “Naturaleza, situación y tendencias de la sociedad peruana contemporánea (un ensayo de interpretación)” (Santiago de Chile: Centro De Estudios Socio-Económicos, Universidad de Chile).
- Quijano, Aníbal 1968 “Dependencia, cambio social y urbanización en Latinoamérica” en *Revista Mexicana de Sociología* (México: UNAM - Instituto de Investigaciones

- Sociales) Año 30, Vol. XXX, N° 3: 525-570, julio-septiembre.
- Quijano, Aníbal 1970 “Carácter y perspectiva del actual régimen militar en el Perú” (Santiago de Chile: Centro de Estudios Socio-Económicos, Universidad de Chile) Documento de Seminario.
- Quijano, Aníbal 1971a “Imagen y tareas del sociólogo de la sociedad peruana” en *Letras. Revista de la Facultad de Letras* (Lima: Universidad de San Marcos).
- Quijano, Aníbal 1971b *Nacionalismo, Neomperialismo y Militarismo en el Perú (Introducción y Parte primera)* (Buenos Aires: Periferia).
- Quijano, Aníbal 1972 “La ‘vía chilena’ dos años después” en *Sociedad y Política* (Lima) N° 2, octubre.
- Quijano, Aníbal 1973 “La coyuntura política y las tareas de la clase obrera” en *Sociedad y Política* (Lima) N° 4, setiembre.
- Quijano, Aníbal 1974a “Sobre la naturaleza actual de la crisis del capitalismo” en *Crisis imperialista y clase obrera en América Latina* (Lima: Edición del autor).
- Quijano, Aníbal 1974b “El nuevo terreno de la lucha de clases y los problemas de la revolución en América Latina” en *Crisis imperialista y clase obrera en América Latina* (Lima: Edición del autor).
- Quijano, Aníbal 1976 “¿Frente popular antiimperialista o frente de trabajadores?” en *Sociedad y Política* (Lima) N° 6, marzo.
- Quijano, Aníbal 1977a “‘Polo marginal’ y ‘mano de obra marginal’” en *Imperialismo y Marginalidad en América Latina* (Lima: Mosca Azul).
- Quijano, Aníbal 1977b “El Perú en la crisis de los años 30” en González Casanova, Pablo (coord.) *América Latina en los Años Treinta* (México: Siglo XXI).
- Quijano, Aníbal 1979a “El movimiento campesino peruano y sus líderes” en *Problemas Agrarios y Movimientos Campesinos* (Lima: Mosca Azul).
- Quijano, Aníbal 1979b “Imperialismo y campesinado. Sus actuales condiciones en el Perú” en Quijano, Aníbal *Problemas Agrarios y Movimientos Campesinos* (Lima, Mosca Azul).
- Quijano, Aníbal 1980a “Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú” en *Dominación y cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú* (Lima: Mosca Azul).
- Quijano, Aníbal 1980b “Los usos de la democracia burguesa” en *Sociedad y Política* (Lima) N° 10, noviembre.

- Quijano, Aníbal 1980c “Dominación y cultura” en *Dominación y cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú* (Lima: Mosca Azul).
- Quijano, Aníbal 1981 “Poder y democracia en el socialismo” en *Sociedad y Política* (Lima) N° 12, agosto.
- Quijano, Aníbal 1984 “Arguedas: la sonora banda de la sociedad” en *Hueso Húmero* (Lima) N° 19, octubre-diciembre.
- Quijano, Aníbal 1985 (1978) “Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú 1895-1930” en Quijano, Aníbal *Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú 1895-1930* (Lima: Mosca Azul).
- Quijano, Aníbal 1987a “América Latina: los compromisos del conflicto” en Silva M., José Agustín (ed.) *Paz, seguridad y desarrollo en América Latina* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Quijano, Aníbal 1987b “La tensión del pensamiento latinoamericano” *Hueso Húmero* (Lima) N° 22: 106-125, julio.
- Quijano, Aníbal 1988 “Lo público y lo privado: un enfoque latinoamericano” en *Modernidad, Identidad y Utopía en América Latina* (Lima: Sociedad y Política Ediciones).
- Quijano, Aníbal 1989 “La nueva heterogeneidad estructural de América Latina” en Heinz R. Sonntag (comp.) *¿Nuevos Temas, Nuevos Contenidos?* (Caracas: UNESCO / Nueva Sociedad).
- Quijano, Aníbal 1990 “Estética de la Utopía” en *Hueso Húmero* (Lima) N° 27, diciembre.
- Quijano, Aníbal 1991a “Trotsky (entre paréntesis)” en *Revista Sí* (Lima) N° 64, julio.
- Quijano, Aníbal 1991b (ed.) *Textos Básicos de José Carlos Mariátegui* (México / Lima: Fondo de Cultura Económica) Selección, Introducción y Prólogos a cada Sección de Aníbal Quijano.
- Quijano, Aníbal 1991c “Poder y Crisis en América Latina” en *Paginas* (Lima) N° 109, junio.
- Quijano, Aníbal 1991d “La razón del Estado” en Urbano, Henrique y Lauer, Mirko (eds.) *Modernidad en Los Andes* (Cusco: Centro Bartolomé de las Casas).
- Quijano, Aníbal 1992 “‘Raza’, ‘Etnia’ y ‘Nación’ en Mariátegui: Cuestiones Abiertas” en *José Carlos Mariátegui y Europa: La otra cara del descubrimiento* (Lima: Amauta) pp. 167-188.
- Quijano, Aníbal 1993 “América Latina en la Economía Mundial” en *Problemas del Desarrollo* (México: Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM) Vol. XXIV, N° 95, octubre-diciembre.

- Quijano, Aníbal 1995a “La crisis en Europa del Este y la Izquierda en América Latina” en *El Fujimorismo y el Perú* (Lima: SEDES).
- Quijano, Aníbal 1995b “El Marxismo en Mariátegui: Una Propuesta de Racionalidad Alternativa” en Sobrevilla, David (ed.) *El Marxismo de José Carlos Mariátegui. Seminario efectuado el 2 de agosto de 1994* (Lima: Amauta).
- Quijano, Aníbal 1997a “Raúl Porras, el otro magisterio” en *La República* (Lima) 12 de mayo.
- Quijano, Aníbal 1997b “Populismo y Fujimorismo” en *Cuadernos de Ciencias Sociales* (San José: FLACSO Programa Costa Rica) N° 96.
- Quijano, Aníbal 1997c “¿El fin de cuál Historia?” en *Análisis Político* (Bogotá: UNC - Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales) N° 32, septiembre-diciembre.
- Quijano, Aníbal 1997d “Estado-nación, Ciudadanía y Democracia en cuestión” en Gonzáles, Helena y Schmidt, Heidulf (comps.) *Democracia Para Una Nueva Sociedad* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Quijano, Aníbal 1998 “¿Del ‘polo marginal’ a la ‘economía alternativa’?” en *La Economía Popular y sus caminos en América Latina* (Lima: Mosca Azul / CEIS).
- Quijano, Aníbal 2000 “Colonialidad del Poder, Eurocentrismo y América Latina” en Lander, Edgardo *Colonialidad del Saber y Eurocentrismo* (Buenos Aires: CLACSO / UNESCO).
- Quijano, Aníbal 2001 “El Regreso del Futuro y las Cuestiones del Conocimiento” *Hueso Húmero* (Lima) N° 37.
- Quijano, Aníbal 2002 “El Fujimorismo del gobierno Toledo” en *OSAL. Observatorio Social de América Latina* (Buenos Aires: CLACSO) N° 7, junio.
- Quijano, Aníbal 2003a “El trabajo al final del siglo XX” en Founou-Tchuigoua, Bernard; Sy, Sams Dine y Dieng, Amady A. (eds) *Pensée sociale critique pour le XXie siècle / critical social thought for the XXIst century. Mélanges en l'honneur de/ Essais in honour of Sami Amin* (París: L'Harmattan).
- Quijano, Aníbal 2003b “Allende otra vez: en el umbral de un nuevo periodo histórico” en *ALAI. América Latina en Movimiento* (Quito) 16 de septiembre.
- Quijano, Aníbal 2005 “El ‘movimiento indígena’ y las cuestiones pendientes en América Latina” en *Revista Tareas* (Panamá, Centro de Estudios

- Latinoamericanos, Justo Arosemena)
N° 119: 31-62, enero-abril.
- Quijano, Aníbal 2007a “Colonialidad del poder y Clasificación Social” en Castro-Gómez, Santiago y Grosfoguel, Ramón (eds.) *El giro decolonial. Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (Bogotá: Siglo del Hombre).
- Quijano, Aníbal 2007b (1979) “Prólogo: José Carlos Mariátegui: reencuentro y debate” en Mariátegui, José Carlos *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana* (Caracas: Biblioteca Ayacucho).
- Quijano, Aníbal 2008 “Reabrir cuestiones que parecían resueltas. Una conversación con Aníbal Quijano” en *Hueso Húmero* (Lima) N° 51.
- Quijano, Aníbal 2009 “Otro horizonte de sentido histórico” en *ALAI. América Latina en Movimiento* (Quito) Año XXXIII Segunda Época, N° 441, 29 de febrero.
- Quijano, Aníbal 2011 “¿Bien Vivir?: entre el ‘desarrollo’ y la descolonialidad del poder” en *Ecuador Debate* (Quito) N° 84, diciembre.
- Rojas, Rolando 2006 *Poder local y participación ciudadana: la experiencia del presupuesto participativo en Villa El Salvador* (s/d).
- Segato, Rita 2010 “Raza y racismo: Los cauces profundos de la raza latinoamericana: una relectura del mestizaje” en *Crítica y Emancipación* (Buenos Aires: CLACSO) Año II, N° 3, Primer Semestre.